

Para celebrar el cristianismo en América Latina

¿Qué no trajeron y qué trajeron los cristianos españoles?

Los fundadores de la Iglesia Latinoamericana y su acto de tradición

El surgimiento de la América mestiza

Nosotros somos cristianos. Nos confesamos pecadores. Pero, aun con nuestro pecado a cuestas, estamos contentos de nuestra condición de cristianos. Ella es nuestro mayor tesoro. Somos cristianos en A.L. Somos cristianos latinoamericanos. Por eso deseamos prepararnos con alegría y responsabilidad a la celebración del V Centenario de la introducción del cristianismo en A.L.

Antes de llegar los misioneros hispanos a lo que hoy llamamos A.L., ya había llegado Dios. No fueron los españoles quienes trajeron a su Dios a A.L. El Dios cristiano había llamado por su nombre a cada amerindio y así lo puso en la existencia y lo destinó a ser hijo suyo en su Hijo Jesús. Cada indígena era ya hijo de amor. Y no sólo cada uno, Dios también se había hecho presente en la formación de las culturas y de los pueblos. Tampoco introdujeron los misioneros al Espíritu de Dios ya que Jesús al morir entregó su Espíritu a su Padre y a la humanidad, a toda la humanidad, desde Adán hasta el último ser humano que viva sobre esta tierra. Ni siquiera Jesús estaba ausente de este suelo antes de llegar los misioneros ya que su luz alumbraba a todo hombre.

Pero los misioneros trajeron a A.L. el nombre de Jesús y su historia viva; y la invitación a asociarse a esa historia sin fin como hermanos de Jesús y sus testigos. Trajeron, pues, la comunidad abierta de los seguidores de Jesús. Y con Jesús, vivido en su Iglesia, los misioneros trajeron el criterio más pormenorizado para discernir al Espíritu y la revelación del nombre propio de Dios (Padre) y de su designio (asociarnos a su comunidad eterna).

Los Fundadores de la Iglesia latinoamericana, con sus vidas, sus gestos y sus palabras, hicieron un acto de Tradición: entregaron a los indígenas el único tesoro que poseían: Jesús de Nazaret, su memoria viva y su presencia actual; y, al entregárselo, los convidaban a entrar en la comunidad de los cristianos y a la vez, en cierto modo, entregaban la Iglesia a los indígenas. Esto hicieron los Fundadores de la Iglesia latinoamericana: Lo hicieron los santos, "superando las debilidades y cobardías de los hombres que los rodeaban y a veces los perseguían" (Puebla 7). Lo hicieron los "intrépidos luchadores por la justicia, evangelizadores de la paz" cuando "defendieron a los indios ante conquistadores y encomenderos incluso hasta la muerte" (Id. 8). Lo hicieron "aquellos religiosos que vinieron a anunciar a Cristo Salvador, a defender la dignidad de los indígenas, a proclamar sus derechos inalienables, a favorecer su promoción integral, a enseñar la hermandad como hombres y como hijos del mismo Señor y Padre Dios" (Juan Pablo II en Santo Domingo). Estos fueron los Fundadores de la Iglesia latinoamericana. No todos los cristianos que pasaron a América lo fueron, ni siquiera todos los sacerdotes y obispos. Fundaron la Iglesia latinoamericana quienes con sus obras traspasaron la alianza entre la espada y la cruz, traspasaron su propia condición de miembros de una nación victoriosa y expansionista, de una cultura etnocentrista, de una capa social dominante, y fueron capaces de descubrir al otro, reconocerlo y asumir su causa. Estos fueron los Fundadores de la Iglesia latinoamericana. Pues sólo a ellos abrieron sus almas los indígenas.

Los vencidos traspasaron su postración y su justo resentimiento cuando pudieron distinguir entre españoles y españoles. Cuando reconocieron que había españoles que estaban a su lado y de su parte, se produjo un hecho formidable: el encuentro de seres humanos de distintas razas y culturas, la transformación del núcleo ético-mítico del mundo indígena desde dentro y, aunque en escala menor, también la transformación del misionero. No la violación ni la aculturación sino la entrada del indígena como ser cultural en el Evangelio y la inculturación del Evangelio en la cultura indígena. Un proceso incompleto, con incomprendimientos de parte y parte (más del misionero que del indígena), pero un proceso de envergadura histórica. Tanto es así que la evangelización de los Fundadores de la Iglesia latinoamericana constituye una de las fuentes más genuinas del mestizaje latinoamericano. Como dice hermosamente Puebla: "El Evangelio encarnado en nuestros pueblos los congrega en una originalidad

histórica cultural que llamamos América Latina. Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe que se yergue al inicio de la Evangelización" (447).

A.L. es tal vez la única novedad histórica que ha parido el Occidente desde los tiempos modernos. Esta novedad histórica que constituye la América Mestiza tiene dos fuentes principales: La evangelización de los Fundadores de la Iglesia latinoamericana y el amor interhumano. Ni la mera violación física ni el puro sometimiento político dan lugar a encuentros fecundos ni a novedades históricas. Si en la evangelización constituyente hubo ambigüedad, mucho más la hubo en las relaciones amorosas que chocaron con las barreras de casta y no pudieron obtener muchas veces reconocimiento civil. Pero, a pesar de la falta de reconocimiento social, el amor fue verdadero; por eso no sólo engendró hijos sino novedad histórica. Ambas fuentes del mestizaje tienen de común el reconocimiento del otro, a impulsos del amor. Por eso en ese amor humano (que para la normativa vigente era portador de pecado) no anduvo ausente el mismo Espíritu que alentó en los evangelizadores.

Esta novedad histórica se da actualmente en los indígenas, en los mestizos y también en aquellos criollos (blancos americanos) para quienes América es algo más que el lugar (periférico) que les vio nacer y que por eso no viven con la vista y el corazón puestos en USA y Europa. Como cristianos y latinoamericanos (más precisamente como cristianos latinoamericanos) queremos celebrar este encuentro fecundo, posibilitado por la fe que fue capaz de trascender la propia institucionalización española y por el amor que deseó la diferencia para reconocerla y no para someterla ni anularla.

Nos parece que el modo más genuino de celebrar el V Centenario de la evangelización de A.L. es "partir de los últimos eslabones que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestro pueblo" (Puebla 457), es decir apelar a la evangelización de los Fundadores, asumir lo que queda de ella como "memoria cristiana de nuestros pueblos" y desde ahí proseguir su mismo camino realizando un segundo acto de Tradición que complete lo que ellos desearon llevar a cabo, pero no pudieron lograrlo porque aún no era tiempo. Este es el tiempo, ya está comenzando la época en que no sólo es posible sino que es un imperativo de Dios llevarlo a cabo.

Los Fundadores vinieron a evangelizar a los indígenas. Como entendían la evangelización de modo integral suponían que la evangelización tenía que conducir a la formación de una Iglesia indígena, no sólo con fieles indígenas sino con sacerdotes indígenas y ritos y costumbres de su tradición religiosa (que no colidieran por supuesto con el Evangelio). Lo mismo pensaron de los mestizos y hasta de los negros. Evangelizadores hubo que soñaron, en plena sociedad esclavista, con obispos negros. Sin embargo, a pesar de generosos intentos, no pudieron llevarlo a cabo. No desistieron, pero fueron convencidos de que debía transcurrir un tiempo hasta que los indígenas (mestizos, mulatos, negros) se hicieran cristianos viejos, hasta que vieran el cristianismo como su único horizonte. Entonces sería el tiempo.

¿No han bastado 500 años? Puebla reconoce que la religión del pueblo, "en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo" (450). Este reconocimiento de la mayoría de edad cristiana de nuestro pueblo ¿no es hora de que encuentre ya un reconocimiento institucional?

"Nuestro pueblo no rechaza la Iglesia, la quiere, pero no se 'siente' Iglesia" (CEV julio 1977) ¿Por qué esta contradicción? Porque así como el cristianismo que vive el pueblo es realmente suyo porque "surge de la respuesta de fe que esos grupos den al Señor" (263), así la institución eclesiástica no es suya sino sólo para ellos. En el mejor de los casos es voz de los que no tienen voz, lo que quiere decir que la institución eclesiástica no forma parte de aquellos que no tienen voz sino que, siendo de los que tienen voz, se pone al servicio de los que no la tienen, a diferencia de otras instituciones vigentes que son las que le quitan al pueblo su voz.

El acto de Tradición que se nos pide consiste, pues, en entregar al pueblo cristiano y oprimido la Palabra de Dios, para que como respuesta surja de ellos la palabra, la voz. Una voz que alcance reconocimiento y expresión institucional en la Iglesia y en la sociedad.

Esto no se conseguirá por la pura dejación pasiva sino sólo por la más alta actividad posible, que consiste en dar lugar. Para esto es indispensable un diálogo horizontal, abierto, paciente, perseverante, que durará varias generaciones. La celebración del V Centenario es una ocasión muy oportuna para lanzar la propuesta con generosidad, sencillez, humildad y alegría.

**Celebrar
con un
acto de
tradición
en la línea
de los
fundadores**